

Celestino

daniel bernardo grimberg



Image not found.

Capítulo 1

Celestino (por Daniel Bernardo Grimberg)

I

Atronado por lo que entendió como una inmensidad fáctica, el tres octubre de 1992, rompió al silencio con el objetivo de dar un estruendoso anuncio. El escritor Felipe Medina me transmitió esta irrefutable noticia:

-"¡Todo ocurrió por un libro al que tú habías calificado como un opúsculo de una tenaz ambivalencia!".

El brío en su voz fue duradero, y deduje que su interés en sostener un diálogo no se agotaría en esa oración. Lo que me explicó se correspondió al atareado mármol que suponen recorrer los jóvenes, y a las secuencias de esa tarde que tardó en nivelarse con la noche. Su alegría era la precursora de otras futuras, y no se rindió ni siquiera cuando le señalé los aspectos insólitos de ese endiosamiento que se atribuía.

Postuló que aquello era su inquebrantable felicidad, o sea, la dulce plenitud que de ver a las letras alargarse y dejar de tocar a lo ilusorio, lo que por supuesto no era un asunto pasatista. Y se apresuró en negar que era un aventurero que se empantanaba en rituales literarios... (que eran tan lamentables como fastuosos). No hice cuestionamientos acerca de eso, pero dudé que el destino pudiera ser fundado eficazmente por el arte, más allá de que este rigiera con legítimo derecho a las explosiones liberadoras del espíritu.

Según su atropellada convicción, Felipe Medina no se trataba de un hombre común y corriente, sino del Medio a través del que se produjeron gravitacionales cambios en el mundo; un mercader de alegrías que ultimaba sus negocios al cabo de una semana (que era el lapso aproximado en que se leía uno de sus libros). Desafortadamente, se calificó a sí mismo como un agente de lo estético, y en su azorado rostro, la sonrisa pasó a ser algo mayor que los suntuosos pedazos de piel que son recogidos por las mejillas. Estaba radiante porque uno de sus personajes habría cambiado la mente de una mujer que moraba fuera de la ficción, y padecía de soledad.

Con arranques engréidos me reveló qué creó al Amor a través de los estilizados razonamientos de aquella bien redactada saga de su autoría titulada "Vivir para ser Tuyo", y que a mí me había inducido a lo que no sé

si fue una especie de hastío, o un bobalicón arrobamiento que me llevó a explorar los techos de los que me di cuenta que tenían pequeñas manchas de humedad.

Como presentarle frontalmente a la verdad me sonó infructuoso, lo felicité por el uso decorativo, y algunas veces acertado, que hacía del lenguaje. Esa afirmación no pasaría a la historia, pero me dio la posibilidad de no rondar con exámenes más minuciosos.

Felipe no cesó de demostrarme cómo esa obra se vinculó estrechamente con la situación sentimental de dos lectores, a través de repercusiones cósmicas que él no había previsto, pero que llegaron y las estabas viviendo en carne propia. Aquello tan extraordinario le sembraba pasiones que a mi me resultaban desconcertantes. Su escrito había tomado un interesante vuelo. Las palabras que condensaban a sus voluminosas visiones, habían batido la natural inercia del papel impreso para intercalarse en la vida de un hombre y una mujer, durante unos pocos días (u horas) en los que confirmaron que lo que tenían era algo más importante que un pasajero estado de ánimo.

Felipe no evitó expresarse en términos místicos acerca de aquello que superaba a las rutinas.

Obviamente no quise frustrarlo. El haber descubierto que hay un otro, un lector, marca una impresionante apertura en la creación, debido a que este indagará con variantes impensadas a esa invención, es decir: se ubicará fuera de las perspectivas y los límites del autor, y hará hincapié en algo que este ni siquiera había retenido dentro de un plano secreto. Y esa repintada historia relativizará la unicidad de aquella otra que había sido creada en concordancia con un linaje literario noble o heroico, pero que se había hecho anticuado.

Es bien sabido que la literatura no produce documentos históricos, sino que más bien amolda sus historias a la mente del lector. Y tal cosa no es una nadería, sino un meritorio duelo entre el escritor y aquel que al descifrarlo procura desesperadamente adentrarse en la trama. Toda obra, sin importar su exactitud o estilo, es un homenaje, una suprema decisión, y una aguda profecía, pero las tramitaciones que después le hace el otro, la alejan de los que fueron sus objetivos primarios. Y en ese proceso, la traición que hará el lector, surge honestamente aún antes de atravesar al umbral del prefacio.

Escribir es tirar una piedra para que ruede, una propuesta noble y tal vez filantrópica, y una comisión que abarca a los instintos y la inteligencia, sin embargo, son pocos los que reflexionan con acierto acerca de la singularidad de una obra cuando pierde su sentido inicial. Porque al desaparecer su época constituyente ya nadie le puede ser fiel. Sé que esto promueve tensión porque va en contra de las lógicas usuales, pero es tan

mentiroso el que escribe una ficción como el que la lee.

Mientras tolerábamos que el viento nos sacudiera los cabellos en ese camino de ripios, hable del fracaso y la perfección como los vitales sinónimos que evitan aturdirse cuando se procura entender al arte (naturalmente esas categorías además sirven para rechazar a la vulgaridad omnipresente).

Y le dije a Felipe Medina que lo que uno escribe, es tan amplio que no se agota con la propia experiencia.

- "La música que uno saca de la nada, si sacude al alma del ratón ya le pertenece".

Le señalé ese esquema tan simple y tajante, mientras atravesábamos la geografía de un parque en la que corriéndose un poco hacia sur había un lago, y un pato que graznaba mientras ensuciaba con sus pisoteos a las hierbas de los alrededores.

Intuitivamente le ofrecí mi colaboración para sacarlo del dilema en el que se había empantanado, o más concretamente me esperancé que gracias a mi intervención pondría un punto final a sus atónitas expectativas, que me resultaban similares a las contemplaciones que los fantasmas acostumbran a hacer de sí mismos frente a los espejos empotrados en las salas de antiguas mansiones (de acuerdo a los viejos libros de ese género).

Siguiendo una puntual metodología, tengo que narrar las cosas de dos formas: como fueron y como él las entendió.

Y no para instruir a alguien, sino para no ser partícipe de sus necesidades, y no tropezar con lo someramente trivial ni oír a sus recuentos de anécdotas burdas. Por un tiempo ansié liberarme a través del aislamiento, pero comprendí que así jamás conseguiría ser desterrado de la estupidez.

El papel del artista siempre fue el de involucrarse en el segundo de los dos planos con que se teje a la realidad; por ejemplo: una cosa es la guerra, y otra es la glorificación que le hacían los poetas de pretéritas edades. Estos asumían ser posteriores investigadores, que exprimían músicas de sus liras cuando se calmaban los primitivos instintos. ¡Esa es la gloria propia del lenguaje que permite duplicar en forma un tanto abstracta a lo que si no hubiera sido irreproducible!

Ya que cuándo uno piensa, se pone en el lugar del otro (sólo al soñar se es indiscutiblemente uno mismo), a pesar de que descubre que sus razones no son las mismas, pero sí las únicas con las que era capaz de comprender lo que le fue introducido. Además, de esa forma cumple con el imprescindible papel que el autor veladamente le asignó (que es el de

meditar con una demoledora crudeza a ese asunto). En la literatura, uno es el otro sin tener que pasar por la terrible y vil contradicción de dejar de ser uno mismo. Cuando alguien lee a Shakespeare por algunos minutos es Shakespeare, y al hacer lo mismo con Dostoievski se transforma irremediabilmente en ese autor ruso.

Pero esa falsedad es vigorosa por muy corto tiempo, porque multitudes de distinciones reaparecen apenas el lector levanta la cabeza, y se aleja de las tipografías del alfabeto con la intención de captar al mundo con sus habituales siluetas. La ficción que había seducido al lector por largos instantes, nunca fue capaz de engatusarlo totalmente.

En aquel entonces, y como profesor del Instituto Carlo Meggi de Lenguas Vivas, me surgió la temible urgencia de explicarle lo que pasó, aunque como amigo hice todo lo posible para satisfacerlo (injustificadamente nunca cesó de operar en mí la compasión que diluía en complacencias).

No trataré de ser Felipe Medina durante la irrupción del siguiente capítulo (en la brevedad de sus párrafos), sino el que lo leyó, y sacudió la cabeza por los graves obstáculos que lo obligaron a hacer esta denuncia que quiso hacer pasar como una amistosa crítica.

II

La opinión corriente es que aquello que sabemos se debe a lo que alguna vez afirmaron los demás, y que añadimos a nuestras tímidas creencias; nos movemos de acuerdo a ese mimetismo que es casi ideológico. Las lecciones de los otros se ecualizaron en nuestros espíritus (asimismo, la estupidez deviene de la ignorancia de los que nos enseñan, es decir, del desestabilizador efecto de sus perjuicios).

Por esto nos sugestionamos enormemente, y aún nuestros cuentos y poesías terminan siendo una fatalidad que ya fue anunciada por los que nos precedieron. Por desgracia, nos agregamos a la lista de los que sufren imposiciones radicales de la Cultura.

Aplicaremos directamente el testimonio de Felipe:

- "Alejandro Ponte de Gracia compró en un día casual de marzo del año pasado, a un librero de su confianza (cuya mansa aportación se debió a un pequeño rédito económico, un libro escrito por un tal Felipe Medina quien se solidarizaba con los débiles y desventurados".

Sí: habló de sí mismo en tercera persona, como si él no fuera el artífice de aquel otro Medina que inadvertidamente enriquecía al mundo, y era aclamado por un público difícil de precisar.

- "Aparentemente no le encontré virtud, o debido a sus dispendiosos hábitos se mostró en rabioso desacuerdo con destinar algún tiempo a su lectura".

Hasta aquí no hubo disimilitud entre el mundo narrado y el real; en el segundo no se generó un desbalance merced a las efusivas visiones que registró el primero.

- "El hombre, en cuestión, lo dejó olvidado en un estante con sus diseños interiores cerrados, pero estos no se extinguieron, sino que perduraron en estado larvario en un lugar fijo del planeta".

En ese momento me vi en la obligación de explicarle que era, sin dudas, parte de la libertad de cualquier individuo, no leer un libro porque lo encontraba insoportable. Cuando alguien lee una obra está haciendo una excepción, puesto que no lee otra que se incluye dentro de los millones de textos que jamás leerá en su vida (esto es un implícito homenaje a esos autores aristocráticos que son inmediatamente leídos, y sus ficciones pasan a formar parte del ideario de la humanidad).

- "No nos engañemos: la fama puede matar tanto como la bebida, o un accidente de auto producido por correr a una endiablada velocidad y no doblar en curvas inertes. Hay que prever que no ser reconocido encierra un noble significado, y también que la gloria literaria es tan miserable, que se amontona sobre unos pocos que elige al azar, y que a partir de esa sorpresa estos se muestran como héroes consternados por el arduo lugar que consiguieron ocupar dentro del universo", le dije con el deseo de poner un punto final a ese parloteo.

La eventualidad de comprar y abandonar un libro, fue un bizantino fragmento de la vida de Alejandro Ponte de Gracia; un hecho de escaso valor que no lo vinculó con Felipe Medina, y no adquirió una especial repercusión. No existió el "gran descubrimiento" o esa anhelosa complicidad que uno se empeña en tener con sus narradores preferidos.

El nombre del escritor permaneció grabado en el lomo del libro que Alejandro guardó cerca, pero jamás lo reconoció, ni se encontró con él en las calles de una gran ciudad o de un diminuto villorrio. Se trató del más inocente de los desencuentros; lo único que ocurrió fue un intrascendente depósito en un estante, de un libro cuyos acopios de frases fueron considerados olvidables y hasta incómodos.

No he afirmado que Alejandro Ponte de Gracia se ponía algo ebrio, y pasaba las tardes mirando al jardín del otro lado del cerco de su casa, porque no era un asunto que me competía, pero para los fines cabales de esta narración me es preciso mencionarlo. (A ese hombre no le gustaba las directas excepciones que le hacía su vecina, y los frecuentes episodios que lo relacionaban al excesivo consumo de alcohol podrían señalar que

su vida iba cuesta abajo).

Sé que, con lastimosas miradas, los deseos de Alejandro pasaban al otro lado del cerco, pero estos producían una feroz execración en la otra persona. Es decir, molestaba a la mujer que vivía a metros de ese hombre en una localidad del sur de Buenos Aires. Esas indicaciones que Alejandro daba de su aletargada presencia, comprometían a la preexistente armonía de ignorarse mutuamente.

Por lo que en el principio no hubo campanadas, ni lunas divisadas desde la azotea, ni grititos de alegría, y ni siquiera lágrimas. Sólo se cuidó de que aquellos deslizamientos perversos o desmesurados que hacían los ojos del hombre no se salieran de control. La mujer se resguardaba de esos enfrentamientos lo mejor que podía: su vecino no cesaba de enamorsarse con raras actitudes, o al menos demostraba a las claras que era un fisgón. Por fortuna, únicamente se contabilizaron sonidos sordos que retornaban a sus puntos de origen, y sospechas sin relevancia que apenas contribuyeron a la creación de algún ligero malestar.

Con el tiempo, siguieron los robos de imágenes a través de breves miradas furtivas, a las que también se abocó la mujer sin tironear demasiado a su cuello. A esta, se le fue anidando esa agitación típica de los que temen enamorarse, porque sus anteriores sospechas se fueron transformando en alarmantes sensaciones que recorrieron su cuerpo.

De manera distintiva fue surgiendo algo de fricción entre los dos, y cómo es popularmente sabido, con pequeñas chispas se arman grandes fuegos. Pero no hubiera habido una real evolución en ese vínculo sin algo que los enlazara y los sacara del anonadamiento abrumador.

Ella era una bibliotecaria y lectora perdida, de nombre Minerva Echegoyen, que vivía en un mundo de anchas probabilidades, pero sin muchos logros, ya que, si bien mantenía una estrecha concordancia con el arte, no le ocurría lo mismo con la descarnada humanidad que se movía sin pausas frente a sus narices. Minerva se plegaba a la incomunicación que había entre las corrientes movedizas de gente que se concentraba en los andenes del ferrocarril.

En el inaugural tiempo tuvo hacia el pobre de Alejandro un desprecio impecable, mientras éste sólo quería forjar con ella un clima amable sin que hubiera mezquindades de por medio. La mujer lo atormentó un poco al esbozar una crueldad basada en insignificancias o desdenes menores; se hacía ver como alguien imposible a través de su espeso silencio cuando él apenas la saludaba a las mañanas.

Sin embargo, la potencia del aparente desinterés de Minerva fue proporcional a la insistencia de Alejandro. Y cuánto más fuerte ella se blindaba, más se embrollaba el corazón de su vecino. Para superar ese

impasse era necesario una gestión que reformase a las evasivas conductas de la mujer. Porque el temor, las supersticiones, o fuertes tendencias restrictivas, influenciaban dramáticamente en Minerva, y la sometían a duros condicionamientos.

Estamos hablando de finales del otoño de 1991, cuando su desgaste hacía parecer al sol como una piedra con poco brillo, y Alejandro le dirigía sencillas palabras que surgían del estupor, sin asumir que la indiferencia de Minerva era una diligencia extraña, ya que no era alguien que socializara a menudo. Ella vivía encerrada en la presunción que la época era insegura, y sólo se sentía cómoda con el escalonamiento en las lecturas que hacía de grandes poetas.

Reconociendo a esa afición, Alejandro Ponte de Gracia tuvo la oportuna inspiración de regalarle el fastuoso volumen que una vez había comprado... aquella gratísima obra de Felipe Medina, cuya lectura posponía las salidas de la luna y amansaba a los vientos. A ese libro, Alejandro lo publicitó cómo el más valioso que había sido publicado en el último milenio.

La concreción de ese acto resulto relevante para apuntalar al frágil contacto entre los dos, ya que ella aceptó el obsequio, y luego le aseguró que lo leyó con deleite. Se conectaron dentro de la plácida contigüidad porque ese libro habría reducido la noche a algo reconocible.

III

No me he desviado penosamente de mi investigación:

Felipe Medina, creía que la realidad era paralela a sus novelas, en las que distribuía dones a sus personajes, y mezclaba y daba cartas, jugueteando a ser un cupido que establecía afinidades entre las personas.

Estaba embelesado con ese fanatismo cuando nos encontramos en un conocido café cerca del monumento al Quijote, en Avenida de Mayo. Con la misma abnegación con que embotellaba a sus fragantes ficciones, me volvió a decir que con su escritura suscitaba posibilidades de renovación en las personas. Eso lo atoraba en dichas sobre las que jamás admitiría argumentos en contra. Tenía un don que volcaba al mundo con una trascendental vocación de servicio.

Gruñí, Felipe seguía poniendo rótulos irreales a las cosas al asegurarme que sus mundos vagamente suntuosos, se extendían en las almas de quienes decidían incorporarlos a sus vidas. Mi amigo había construido una novela lejos de Alejandro Ponte de Gracia y Minerva Echevoyen (y dentro de su limbo), con el propósito de observar desde lejos a lo que sucedía. Su actitud era similar a la de Dios quien después del sexto día abandonó a

su Creación, y se dedicó a descifrar los efectos que irrigo a sus criaturas. Felipe Medina se ponía en ese estado mental, y observaba gozoso como el amor de Minerva y Alejandro, que hacía poco se habían transformado en cónyuges, había ampliado hasta el infinito a las fronteras de su creación. Pero basta de paparruchadas, y de hacer vuelos de coleópteros que no llevan a ninguna parte. Transcribo literalmente lo que me dijo:

- "Lo que ocurrió, fue milagroso; desde la ficción Medina guio a un hombre y una mujer que hasta entonces habían sido reticentes, a una súbita perfección. Con su ineludible calidad artística dio un soplo de aliento a dos entristecidos. Había creado ciudades de estilos grandilocuentes cuyas arquitecturas nunca se hicieron vanas (ni se envilecieron por haber sido impresas con tintas negras), y luego, gracias a su esmero caligráfico instauró la paz y la cordura, y alejó a dos chiquillos de los ocasionales factores de desunión. Con las sutilezas de sus tramas los invitó a armar una nueva realidad".

Felipe creía que el agua y el fuego coincidían como una fatalidad en las sentencias con que adornaban a sus copiosos trabajos. Su irreflexiva conclusión era que perdurarían en el tiempo. Con su resuelta literatura daba fulgor a la tenue realidad, y debido a que eran inatacables las alteraciones positivas que echaba sobre el mundo, este marchaba al bien definitivo.

Felipe Medina estaba detrás del universo manipulando a su pipa mientras observaba los benéficos efectos de sus redacciones.

Alejandro Ponte de Gracia y Minerva Echegoyen se casaron en una iglesia de Balvanera, en un sofocante día que no sé si fue de enero o febrero. Hubo músicas, fotos, y las cabezas alzadas con sonrisas completaron los enfoques clásicos de un evento feliz. Si bien algunos, emocionados, parecían morir de risa, y otros ponían gestos que se confundían con los de rabia, no se notó nada inaudito en esa ocasión. Los dos se ubicaban dichosos entre gente que los estimaba.

Antes, en un apartado minuto habían recordado a quien estuvo en el génesis de ese gran instante, al que casi habían dejado fuera del festejo. Felipe Medina supo, a través de un mensaje que el matrimonio le mandó por e-mail, que había acercado definitivamente a dos almas gemelas a través de su obra. (En ese punto del relato fue cuando me acusó de ponerme melancólico, siniestro, y hasta de encolerizarme).

Felipe había hecho progresar al amor; por él nacerían dos o tres niños, y se forjaría una historia familiar fértil a través de los valles del tiempo. Tal deliciosa certitud renovó a su envanecimiento, pero con rebuscada modestia les respondió que sólo había escrito una obra estéticamente insuperable, ya que "su preocupación era ayudar a los que diariamente se aventuraban dentro de las mañanas inciertas". No rechazó la invitación

que le hicieron, pero les aclaró que ir hasta ese salón de fiestas no le resultaba factible; a esa fecha lo había destinado a dar a conocer su nuevo libro del que reclamó que sería otro de sus aclamados aportes.

Pero yo tuve para mí que eso no fue así, que la explicación que les adelantó fue falsa y sus cifras erróneas, y lo que voy a afirmar, o negar, no será a favor ni en contra de su narrativa.

El libro de Felipe nunca transformó al corazón de Minerva, ni la sensibilizó para el amor.

La realidad nunca guardó fidelidad a lo literario (que más bien hace un denodado esfuerzo en representarla); la ficción jamás se mezcló de manera exitosa con el plano existencial, aunque lo incluyera en sus tramas. No existió ninguna cándida analogía entre lo anotado por el extasiado escritor y aquel romance suburbano.

Felipe Medina manoseó una gloria que jamás le perteneció, y, además, asumió a la tradicional postura de un dios que si se viera al espejo se espantaría.

Minerva nunca leyó ese libro, pero lo aceptó cómo un signo de confianza y apertura a quien sería su novio. Lo que recibió nunca fue mayor a un objeto rectangular relleno en su interior con separadas láminas repletas de símbolos inteligibles, al que guardó en un mueble que cumplió provisoriamente con la plaza de una biblioteca.

La entrega de ese libro fue un acto que careció de la interpretación que Felipe le asignó, porque no pasó de ser una formalidad, es decir, la impecable prolijidad con que la gente se vincula a través de las costumbres. Es ridículo reseñarle otro sentido más amplio o promisorio.

El aprendiz de literato Felipe Medina no tuvo nada que ver con esas nupcias, lo contrario sería como decir que si Alejandro Ponte de Gracia le hubiera regalado flores a Minerva, el floricultor nipón que suele proveer al barrio con esas delicadas mercaderías, en verdad ejercería funciones de Celestino.

Fin